

# **Los primos y la monja fantasma**

Magdalena Helguera

loqueleg

—Tenemos que buscar un buen lugar para guardarlos —murmuró Alberto en el silencio de la clase.

—Sí, para que esos tramposos no puedan seguir con sus jugarretas sucias —respondió Felipe casi sin mover los labios.

—Yo sé dónde hay un buen escondite —intervino Sandra, desde la mesa de al lado, sin despegar la mirada del libro que tenía delante—, pero no les puedo contar acá. Nos reunimos en el recreo en el lugar de siempre. Pasen el dato.

Apenas tocó el timbre, casi todo Quinto B —menos los que habían corrido apurados hacia el baño— se congregó en la esquina sur del segundo patio, debajo del viejo tilo.

—¿Vieron el edificio que está al otro lado del tercer patio, el que siempre dicen que van a reciclar para hacer nuevos salones, pero sigue vacío y cerrado? —empezó Sandra—. Ahí es donde hace muchos años vivían las monjas viejitas...

—¿Cómo sabés? —interrumpió Luis.

—Me contó mi tía. Ella vino a este colegio durante mucho tiempo, allá por la década del sesenta o setenta, creo.

—¡Pah!

—Sí, hace un montón, y ya entonces estaba prohibidísimo entrar en ese lugar. Dice que a veces, cuando llovía mucho y no se podía atravesar el patio, pasaban por ahí para ir a la clase de manualidades. Iban por un corredor oscuro lleno de puertas que siempre estaban cerradas, pero una vez, un día de una tormenta horrible, con rayos y truenos que resonaban como si se acercara el fin del mundo, cuando pasaron por ahí una de las puertas estaba abierta, y la monja maestra les dijo que miraran hacia adelante, que no se distrajeran, que ahí adentro no había nada para ver. Pero sí que había...

—Tu tía no hizo caso, entonces.

—¡Más bien! ¿Vos te hubieras quedado sin mirar?

—No, claro.

—Todo el mundo miró con disimulo. Algunas no vieron nada y decían que la maestra tenía razón. Pero mi tía y otras compañeras, justo cuando un relámpago iluminó las ventanas, llegaron a ver un montón de camas todas blancas, con unas cortinas también blancas colgando a los costados. Y en la cama que estaba más cerca de la puerta había una monjita chiquitita, toda arrugada y quieta como la momia de Tutankamón.

—¡Qué susto, vo!

—Después, durante años, todas soñaban con la momia, fue horrible.

—No le digan momia a la monja, che, un poco más de respeto.

—¿Y qué tiene de malo? Al fin y al cabo, las momias también eran gente, ¿no? Y gente importante, muy respetada por los demás. Justamente por eso las transformaban en momias —intervino Alberto.



—Yo, las momias sé lo que son, lo que no sé es lo que son las monjas —agregó Walter con cara de despiste, como siempre.

—¡Pero nene! ¿En qué mundo vivís? ¿No sabés que este antes era un colegio de monjas? Eran las religiosas que se ocupaban del colegio, y daban clase, y todo.

—Unas que iban vestidas siempre con unos vestidos largos y una tela en la cabeza —colaboró Felipe.

—¡Eso! Se llama hábito.

12 —¡Ah, sí, ya sé! En otro colegio cerca de mi casa todavía hay algunas, pero mi abuela les dice “hermanas”, no monjas.

—Hermanas, monjas, es lo mismo.

—¡Pero terminenla con el diccionario, que se nos va el recreo y yo todavía no me compré la merienda! —protestó Karen, con gran sentido práctico—. Yo creo que hay dos problemas. Primero: Ese sector está clausurado hace siglos, está prohibido entrar y la puerta tiene como tres cerraduras, ¿cómo vamos a meternos? Y segundo: Aunque pudiéramos entrar, ¿quién se anima? Yo, ni loca. Me muerdo de miedo con todo eso que contaron del corredor oscuro y la tormenta y la momia que resplandecía con los relámpagos... Todavía capaz que hay fantasmas ahí adentro.

—¡Qué va a haber fantasmas! Yo, si no fuera por las cerraduras, me metía ahora mismo —alardearon algunos haciéndose los valientes—. El problema es que no hay manera de entrar.

—Hay una manera —anunció Sandra—. El edificio tiene otra entrada, y yo sé dónde está. Mi tía me explicó. Es peligroso, pero se puede.

Por un momento, debajo del viejo tilo se hizo un hueco de silencio en el bullicio del recreo. Y un par de valientes, con disimulo, se escondieron detrás de sus compañeros, por si a alguien se le ocurría pedir voluntarios.

—¿Estás seguro de que eso se puede hacer, Alberto?

13

—Claro. Yo elegí autores que murieron hace más de setenta años, así que sus obras ya son de dominio público, como usted nos enseñó. Fíjese: Andersen, Afanasiev, Rubén Darío y Quevedo. Los dos primeros me los recomendó mi prima Gabi, que se lee todo, y a Darío y Quevedo los elegí por mi abuela, que le encantan, y como a las quermeses siempre vienen tantas abuelas... Además, ella me dijo que esa literatura se estudia en el liceo, así que también a muchos jóvenes les puede servir. Y en la página *web* en la que los encontré dice que esos cuentos y poemas están ahí “para difusión cultural”. ¿No está bien, entonces, entregarlos de premio en una quermés de un colegio? Eso ayuda a que la gente lea más...

—Claro, supongo que sí, pero habría que ver...

—Como dijeron que no se trataba de ponerse a comprar, sino que había que ingeniarse para conseguir premios sin gastar dinero, o fabricarlos uno mismo... Yo no tengo hermanitos que dejen patitos de goma sin usar, ni tías que tejan croché —tías tengo, sí, pero ninguna teje—, ni familiares comerciantes a quienes pedirles alguna donación... Bueno, uno tengo, sí, un tío

que tiene quiosco, pero vive muy lejos y no lo veo casi nunca... Por eso se me ocurrió grabar los cedés con cuentos y poemas. Con una promoción, cuando compramos la impresora nueva, nos regalaron una caja de treinta cedés vírgenes, y como ahora que tengo el *pen-drive* no uso tantos, se me ocurrió transformar estos dos en premios. Si sirven puedo grabar algunos más.

—Está bien, te felicito por la idea y te agradezco tu esfuerzo; todos te lo agradecemos, ¿verdad, chicos?

14

—¡Claro, maestra! Con esto no alcanzamos a Quinto A, pero quedamos cerca. Dos premios son dos premios, y con las dos muñequitas y las tres pulseras que trajeron ellas son siete. Ahora solo nos van ganando por cinco premios —intervino Felipe, entusiasmado.

—Sí, por culpa de esa chiquilina que trajo las tres cajas con cincuenta chicles cada una, del almacén del padre, y las desarmaron y contaron cada chicle como un premio —agregó Magela.

—Ella dijo que las cajas estaban un poco estropeadas y que quedaba feo exhibirlas así, por eso el padre se las dio, pero es mentira, yo las vi y estaban perfectas.

—Y después apareció la otra con la bolsa de chupetines. ¡Dijo que le habían sobrado del cumpleaños! Flor de mentirosa, maestra. En la bolsa decía que traía setenta, y adentro había sesenta y tres. ¡Mire si le va a sobrar una bolsa casi llena! Se ve que los compraron especialmente y se comieron algunos para disimular, y eso es trampa, porque la directora dijo que las cosas compradas no se contaban en la competencia, porque para eso poníamos el dinero y listo.

—Y otro gurí trajo un paquete de juguetitos de cojillón, de los más baratos, con el cuento de que en su

casa no los iban a usar porque él ya estaba grande para sorpresitas de cumpleaños. ¡Y todo el mundo sabe que tiene dos hermanos menores! Encima de tramposo, bobo; no se le ocurrió inventar otra mentira mejor...

—Y además de eso, casi todo lo que trajeron son unos sacapuntas oxidados y cajitas de fósforos y unos peinecitos de porquería, todas cosas que cuestan menos que el *ticket* de los juegos. Así no vale; nosotros también trajimos premios de los buenos, que hacen que a la gente le den ganas de jugar.

—Sí, ¡son unos chorros esos de Quinto A! ¡Así cualquiera gana! ¡Son unos tramposos!

—Bueno, tranquilos, no se pongan así. Lo más importante no es la competencia, sino colaborar con la quermés, para ayudar al colegio y a las escuelas que lo necesitan, ¿recuerdan?

—Pero maestra, si todo el mundo se pone a traer premios como esos, la quermés va a ser un fracaso y no vamos a poder ayudar a nadie...

—Está bien. Les prometo que voy a hablarlo con la directora. Ahora vamos a trabajar. Puedes sentarte, Alberto. Por las dudas, también voy a consultar a la directora acerca de tu aporte, ¿te parece? Tus premios son muy poco convencionales, así que mejor nos aseguramos primero de que los acepten. A ver... ¿Quién sabe en qué porcentaje aumentamos la cantidad de premios traídos por la clase con los cedés de Alberto, las muñecas que mandó la tía de Felipe y las pulseras que hicieron Catalina y Magela?

Como todos los años por la misma época, el colegio de “Einstein” —como llamaban a Alberto sus primos— se concentraba en la organización de la



quermés de primavera. Era una antigua tradición que nadie sabía bien cómo había logrado sobrevivir a la televisión y los videojuegos, a los peloteros y las hamburgueserías, a los *shoppings* e hipermercados con sus ruidosas atracciones, promociones y sorteos, pero lo cierto es que sobrevivía con bastante buena salud.

Durante los meses de invierno, desde inicial a sexto, en todas las aulas se dedicaba parte de la jornada a organizar juegos, escribir y pintar carteles, ensayar bailes, canciones y obras de teatro o de títeres, y, sobre todo, a contabilizar con toda clase de cálculos matemáticos los premios donados por cada clase, que serían entregados en los mismos juegos de habilidad o velocidad, de puntería o de simple suerte, que ya eran antiguos cuando los padres y las madres de los alumnos eran chicos.

Lo que cada año resultaba más difícil, según comentaban las maestras, era juntar la cantidad de premios necesarios para los dos días de quermés. Por eso, este año la directora había anunciado que las dos clases de primaria —una de los chicos, otra de los grandes— que consiguieran más cantidad gracias a su propio esfuerzo —por eso no se contaban los premios comprados por los padres— iban a hacerse acreedoras a un reconocimiento especial para todo el grupo.

Al principio, entre los alumnos mayores nadie hizo mucho caso del anuncio; suponían que el tal reconocimiento iba a ser algo simbólico —un aplauso de toda la escuela, un diploma para colgar en el salón o algo así—, por lo que no valía mucho la pena matarse; pero cuando se supo la verdad, entre las seis clases de cuarto a sexto se inició una competencia feroz.

Ese año el colegio había decidido, con parte de lo recaudado en la quermés, colaborar con dos escuelas que necesitaban apoyo, y los dos grupos que aportaran más premios serían los encargados de llevar personalmente los regalos. El grupo ganador de entre primero y tercero iría a la escuela más cercana, donde compartirían una fiesta con los nenes de su misma edad, y el grupo de los más grandes se encargaría de la entrega en la otra escuela, que era rural, y quedaba a más de cuatro horas de viaje, por lo cual ¡se quedarían dos días a acampar allí, con los alumnos mayores de esa escuela y de otras cercanas! Solo tendrían que llevar comestibles, carpas, sobres de dormir y ganas de divertirse y hacer nuevos amigos, porque todo lo demás ya estaba asegurado.

17

La clase de Alberto conocía bien cómo era el lugar, y también a los niños y niñas de esa escolita de catorce alumnos y un maestro, porque dos años antes habían iniciado una comunicación epistolar que algunos todavía continuaban por correo electrónico. Habían intercambiado cartas, regalos, fotos, dibujos, chistes, cuentos, poemas y canciones. ¡Y ahora podrían conocerlos y compartir con ellos dos días de campamento!

Sabían que la institución carecía de muchas cosas necesarias —juegos de mesa, botas de lluvia, libros de cuentos y un microscopio era lo que proyectaba comprar para ellos el colegio si la quermés resultaba exitosa—, pero disponía de un local grande “del tiempo de las vacas gordas” —cuando la escuela contaba con setenta alumnos y varias maestras—, con cuatro salones, un comedor y muchos baños, con duchas y todo. Y lo que les sobraba, más que nada, era espacio para instalar carpas. La escuela

también tenía perros, gallinas, conejos, una vaca y un caballo. ¡Y un carro en el que se podían subir hasta diez chiquilines para andar por ahí! ¡Y un cerro que se podía escalar y un monte ideal para jugar a la escondida!

Aunque solo un grupo de los seis iba a ser el afortunado, todos hacían planes como si el triunfo ya fuera una realidad. Tanto revuelo había causado la noticia que los familiares empezaron a llamar al colegio y a mandar cartas para preguntar qué era eso de que se iban de campamento, y las maestras tuvieron que organizar una reunión para explicar de qué se trataba el asunto y calmar a los más ansiosos.

A algunos padres y madres, de esos que siempre piensan que sus hijos son unos bebitos, no les convenció mucho el tema de las carpas, pero se tranquilizaron un poco al saber que, en caso de lluvia o frío, podrían instalarse todos cómodamente en los salones de clase, que eran calentitos y con estufas a leña. Pero a la mayoría le entusiasmó la idea y salieron de allí con ánimo de hacer todo lo posible para que fueran sus propios retoños los que disfrutaran de una experiencia tan inolvidable, unos contentos, además, por colaborar en “una causa tan noble y solidaria”, como decía un papá, y otros pensando en lo barato que podía salirles el paseo.

No faltaron, incluso, unos pocos que ya empezaban a mirar como a enemigos a los padres, madres, abuelas y tíos de las otras clases, y que parecían dispuestos a matar o morir —o a jugar sucio, como luego se comprobaría— para lograr que sus niños ganaran la competencia. Entre ellos, mirando a todos con ojos de odio, estaba el padre con almacén que haría que Quinto A, la clase de su hija, dejara atrás a todas las demás, como la liebre de la fábula.